

## **MISTICA EN NUESTRO TIEMPO: UNA EXPERIENCIA PERSONAL COMPARADA**

El lema general bajo el cual estamos aquí reunidos, La mística en el siglo xxi, presenta, según mi opinión, un cierto aunque sutil inconveniente, en el que yo también he incurrido al poner el nombre de mi ponencia y que sería oportuno matizar, que ello pueda implicar que la mística de este siglo se entienda diferente a la de cualquier otro, porque según mi opinión, si existe un paradigma perenne, es decir que no haya cambiado con el paso del tiempo, es el de la Mística. Por eso me parecería mas exacto haber titulado estas jornadas El siglo XXI ante la Mística, ya que lo que cambia no es la mística ni los místicos, sino las circunstancias sociales, el pensamiento y el discurso mayoritario; que la favorecen o dificultan, aprecian o desprecian.

Pero los místicos, los protagonistas de la historia, ante el hecho místico de sentirse tocados inesperadamente por esa llama divina que calcina todos los deseos excepto el de encontrarse con Dios, se han encuadrado siempre sin querer en una similar estructura metafísica y han reaccionado con una parecida conducta. La mística, desde su aislado, heterodoxo y ascético aposento, ha visto pasar ante sí a lo largo de la Historia los restos maltrechos de numerosas teorías, marcos y paradigmas, tanto filosóficos, como científicos, como religiosos que en su momento fueron considerados excepcionales; pero ella ha permanecido siempre imperturbable y ajena a los cambios del mundo, quizás porque no pertenece a él; lo primero que desea cualquier místico aquejado del ansia divina es alejarse de la sociedad establecida; su camino siempre va en decir contraria. La mística es perenne porque es la auténtica ciencia del Ser en cuanto Ser, eterno e inmutable, y el mundo cambia por su misma esencia, que es el devenir.

Dicho esto me gustaría empezar por aclarar que entiendo yo por mística. Según mi opinión, y de una manera amplia, la mística es la ciencia, con perdón, que describe el camino, y las diversas etapas o niveles de conciencia, que existen entre el hombre y Dios, entre lo temporal y lo eterno, entre el yo empírico y el Yo imperecedero, entre lo real y la apariencia, entre lo absoluto y lo relativo, entre el amor interesado y el universal. Es un espacio de conciencia que comienza cuando lo particular empieza a convertirse en universal y el ego a difuminar sus fronteras, y llega hasta el lugar en donde el alma individual, liberada de ataduras, deseos y apegos, y por tanto sin límites, vuela para unirse o fundirse con la universal, ya sea como mística del Absoluto, inefable, indescriptible y sin categorías, o, sino, de una manera teísta, con auto-conciencia y categorías, cuando se alcanza la amorosa unidad en dualidad entre la divinidad y el devoto, o entre la Amada y el Amado y surge la bienaventuranza. Con el Absoluto, sin embargo, nos identificamos y fundimos por que en él desaparecemos al desaparece la autoconciencia y el yo, es la última etapa, pero con Dios nos asemejamos mediante la unión mística. La Bradaranyaca Upanishad dice, "quien piensa que el es uno y la divinidad otro, no ha entendido nada".

Dios, como artífice del mundo, con todas sus categorías de verdad, bondad, belleza, eternidad, bienaventuranza o parecidas, es la única manera en que la mente, que es lo que el testigo percibe, puede reflejar el Absoluto, pero al ser captado mediante las categorías mentales la percepción es condicionada. Al Absoluto solo se le puede definir negativamente, porque toda definición es una negación, por tanto hay que tener claro que esas categorías son de la mente y no del Absoluto. Con otras palabras, Dios es el

Absoluto condicionado, y el Advaita afirma que el principio condicionador es maya, el tiempo con otras palabras. En cualquier caso convendría aclarar que el absoluto, en la experiencia mística, no es un objeto frente al sujeto que lo experimenta y goza, sino aquello que trasciende y alimenta tanto al sujeto como al objeto.

Nuestro percibidor interno contempla nuestra vida ya que es el testigo, el si mismo, también conciencia o conciencia, es el sujeto ansioso de objetos, pero no de cualquier objeto, los objetos que satisfacen sus ansias han de tener unas características singulares, tales como belleza, riqueza o amor, por ejemplo, y las busca afanosamente saltando de experiencia en experiencia desde que nace hasta que muere la persona que habita. Y es muy probable que el cese de la búsqueda y la satisfacción plena solo se alcancen ante la presencia divina, donde todo deseo y apego desaparece.

La vida, los sentimientos, son el objeto, la energía emocional, mental y sensual que deviene. La conciencia, el percibidor estático, ayuda a todas estas fuerzas a superarse y transformarse mediante el aperecibimiento, y cuando pierden todo componente de apego al mundo y desarrollan el autocontrol, la generosidad y la compasión extremas todas ellas se aúnan en una sola energía y voluntad sin otra ansia que unirse con el amado y supremo testigo, la conciencia universal. Esa unión, y el amor inefable que despierta en la mente, es la experiencia mística. El testigo, en esas condiciones, contempla a la energía, debido a su belleza, a su luz, como a la amada, como a la diosa o como a la madre. La luz que ilumina el arduo camino del místico, lo que le sustenta y anima en su austera y solitaria búsqueda, no es otra cosa que la devoción y el amor, sin ellos no es posible ningún misticismo, porque indudablemente la mística no es un asunto cognitivo, aunque como resultado de la explicación de la Experiencia surjan diversas tipologías, clasificaciones y metafísicas. En el hinduismo, desde la perspectiva del vedanta y del yoga existen básicamente las dos perspectivas ya señaladas, llamadas saguna y niguna, la semejanza y la identidad, o la teísta y la absolutista. Los teólogos cristianos clasifican en dos formas esencialmente, la teísta y la profana. O también, la sobrenatural, que es la importante, y la natural; y curiosamente el nivel jerárquico es el contrario que en Oriente, que coloca a la experiencia teísta, segunda, por debajo de la experiencia de unidad con el Absoluto, que según ellos trasciende toda identidad, aunque se trate de una divina.

En el espacio místico, en el recorrido entre los dos yos, se dan numerosas categorías y experiencias, desde los primeros conatos de éxtasis, visiones palabras y sentimientos de amor incondicionado e indiscriminado, hasta la plena borrachera de néctar divino. Estos diversos estados son lo que trataremos de analizar en esta ponencia. Para ello nos avala, si no títulos ni doctorados académicos, sí muchos años dedicados a la vida ascética y a la búsqueda del conocimiento trascendente; trascendente al ego, que no al espíritu, o consciencia.

La mística teórica, si es posible tal cosa, como toda metafísica, tiene que tener algo de dogmática, por eso, hablar de misticismo experimental académicamente es una empresa un tanto arriesgada, al no ser algo que pueda catalogarse como materia científica exige tratar el tema con demasiada mesura y distanciamiento, y por su misma naturaleza, eminentemente experimental, aparentemente subjetiva y definitivamente acrítica, el asunto del misticismo es una cuestión que hay que abordar, si se quiere aportar algo, con cierto nivel de exaltación y entusiasmo y desde el yo que experimenta, lo cual puede producir a veces una cierta actitud de recelo en la audiencia, mas si surgen, como es inevitable al tocar el tema de una manera real, palabras como amor, devoción, ascetismo, entrega, renuncia, purificación o Madre Divina, todas ellas con muy poco o nulo carisma en el pensamiento actual. La mística pretende sublimar y trascender el mundo, y la tendencia general del pensamiento actual, como el de siempre, en sus diversas vertientes, lo que busca abiertamente es conquistarlo. Las motivaciones que animan al místico, como la soledad, la castidad, la renuncia a las cosas materiales u otras del mismo cariz, son abiertamente opuestas a las que mueven a la persona normal. El místico es el ser mas ambicioso, aún sin saberlo, arriesga toda su existencia por un solo fin y con nada de este mundo se conforma.

No obstante, en las últimas décadas se ha reavivado un cierto interés por la mística, a lo que han contribuido los avances científicos de este siglo, como ocurrió en el siglo XVII con la ciencia de Newton, que han abierto nuevas puertas a la especulación filosófica, en especial lo relativo a la física cuántica, que ha despertado sorprendentes cuestiones sobre ámbitos del pensamiento reservados tradicionalmente a la teología, a la filosofía y, especialmente dentro de ellas, a la mística, siempre problemática para la religión, lo que llevó al filósofo-místico a tener que andar casi siempre depuntillas por la historia como pidiendo disculpas. Todavía, cuando se dice de alguien, "ese es un místico", de alguna manera se está infiriendo que su objetividad y credibilidad son dudosas.

Por otro lado, y desde un punto de vista ontológico, la Física, según mi opinión, está empujando, y por supuesto sin intención, al pensamiento filosófico hacia espacios idealistas y metafísicos, que son sin duda en los que mejor se desenvuelve el misticismo, siempre dado a pensar que lo que percibe es una apariencia de algo mas real y metafísico. Los físicos han llegado al fondo de la materia y han observado que esta se deshace en campos magnéticos, fluctuaciones y hondas sin trazas de materia alguna, algo que se parece peligrosamente al sunyata budista, que no es otra cosa que el Brahman vedántico, y que describen con su propia simbología matemática y en las que el observador juega un papel resolutivo. Por ello, que la persona configura y representa en su mente una realidad muy diferente de lo que existe "en sí", a partir de esos campos dinámicos, frecuencias y fluctuaciones exteriores que percibe en virtud de sus medios de conocimiento, me parece algo que debiera estar incorporado ya al paradigma cultural actual. Es obvio que fuera de la mente no hay formas, ni sonidos, ni sabores, ni olores, la mente configura todo ello a partir de unos entes metafísicos cuya naturaleza no puede percibir de una manera inmediata con los sentidos, aunque si mediatizada por sus decodificadores innatos, es decir, la mente, el intelecto y los sentidos, lo que conforma el ego y el sentido del yo, que solo opera desde la perspectiva parcial de la dualidad sujeto-objeto que establece. El ego no puede conocer todo de golpe, como conocería Dios, sino que tiene que hacerlo trozo a trozo y dentro de la dualidad sujeto-objeto que crea, no puede ver todas las circunstancias e interconexiones que le rodean en los diversos planos y categorías y tiene que aprender mediante el tanteo y la experiencia, que es decidir, y por tanto renunciar, y por tanto sufrir.

Cuando el ego se disuelve mediante el desasimiento, la vida ascética, la contemplación extática, la humildad, la devoción y la aceptación, también se disuelve la ilusión de la separación y la dualidad; y de ahí al afecto, a la devoción y al amor solo hay un paso, y desde ahí a la experiencia mística solo existe un tenue velo.

Dice un Tantra: "la ilusión de la mente no consiste en que vea a otros, sino en que los vea como otros, separados, diferentes, y la sabiduría es percibir la unidad en la diversidad."

Yo voy a hablar sobre mística, místicos y experiencia desde una perspectiva personal, planteada sobre el marco de la experiencia ortodoxa filosófica de la India en la que transcurre entre los años 73 y 85 mas o menos. Una vez tomada esta dura, comprometida y difícil resolución, que a nadie se le escapa no es nada fácil, y admitidas las suspicacias y críticas que ello pueda acarrear, además de saberme contrariando cierto voto de silencio ambiguamente establecido, voy a procurar hablar de este tema con toda la inocencia, la claridad y la profundidad que me permite el tener la confianza de saber que el marco de este congreso, por su misma finalidad, es el lugar mas idóneo. Por otro lado, el hecho de estar aquí deja por sentado que todos aceptamos la posibilidad de una experiencia mística. Si esta posibilidad no existiera, ni existiría la mística después de tantos siglos, ni este centro, ni este Congreso, ni muchas filosofías. No creo que nadie pueda tener dudas sobre esto, baste recordar que el objetivo primordial de toda la filosofía mística, desde el hinduismo y el budismo hasta el sufismo y los místicos cristianos, no es otro que la iluminación, moksa, samadhi, o como quiera denominarse, y, ¿es posible que tantos pensadores, tantos místicos, entregados con tal ahínco a la búsqueda del conocimiento, a lo largo de milenios y tan cercanos en la interpretación metafísica, pudieran estar tan equivocados?, porque en cualquier caso todos entendieron el hecho místico, casi sin excepción, como la inmersión del alma individual en la consciencia suprema, y aunque haya habido

cierta divergencia posterior al ser aplicadas las categorías de identidad o semejanza, sobre todo en occidente, y ello tal vez debido al miedo a la intervención de la autoridad eclesiástica, ello no altera la esencia del suceso tal como siempre se ha interpretado. Por supuesto que es un hecho que trasciende la razón, pero ello no quiere decir que sea infraracional, sino probablemente supraracional, porque es un suceso en el que a la consciencia individual le es permitido participar de categorías universales como la consciencia cósmica o la bienaventuranza.

Pero es racional también de alguna manera porque trata con lo más objetivo posible, sino lo único, que es el Ser. Es un hecho también que deja profundas huellas en la conducta, porque transforma plenamente el ego individual del buscador, que al percibir el significado global de las cosas y el orden trascendente que urde el universo más allá de la apariencia, se mueve por el mundo con una actitud ciertamente peculiar; la que nace de ver a Dios detrás de todas las cosas.

Si no se acepta la posibilidad de la Experiencia, a pesar de su excepcionalidad, se está rechazando toda posibilidad a la mística. Por otro lado, sí se cree, tenéis que disculpar mi inocencia, más que vanidad, al sentir con certeza absoluta, como todos los místicos, que la materia mística es siempre una experiencia de lo objetivo, de lo perenne, de lo real, de lo esencial, de algo que está más allá del análisis lógico.

Por eso la experiencia mística no puede ser objeto de un análisis racional ya que se trata de sentimiento, y además de un sentimiento de carácter inefable al llegar a su cima, de una experiencia inmediata del substrato esencial de todos los contenidos de consciencia. Cuando todos los objetos del mundo desaparecen de la mente, así como todos los ruidos emocionales y mentales, además de los deseos, y el testigo solo percibe en la mente la necesidad perentoria, casi delirante, de ver a Dios, esta se manifiesta en diferentes formas, y la huella dejada en el alma por cualquiera de ellas es siempre un sentimiento de profundo e inconmensurable amor.

Por que el ser humano ha buscado a Dios de múltiples maneras, y por múltiples caminos, pero toda experiencia de la divinidad ha sido siempre una experiencia de amor, no un asunto cognitivo. A esta experiencia, y según la perspectiva cultural, se la ha considerado efecto de numerosas causas: como visión directa de Dios, como unión con él, como encuentro interior entre Shiva y Sakti reproduciendo el mito de la creación cósmica, como el reencuentro entre la consciencia y la energía, los consortes cósmicos artifices del universo; como el encuentro entre los principios masculino y femenino, entre el ying y el yang, como fusión del ego y la conciencia; como el encuentro entre la amada y el amado, o entre el amigo y el amado del místico mallorquín Lulio. También como el desposorio de los místicos cristianos o sufís.

Desde luego hay muchas maneras de explicar la Experiencia, según la perspectiva cultural, pero es obvio que todos los místicos de la historia hablan de lo mismo y con un común lenguaje. Es solo posteriormente cuando surgen las divergencias aparentes, cuando la mente se empeña en poner su acento cultural y trata de analizar racionalmente lo que no se puede razonar, a pesar de que la moderna perspectiva teológica constructivista pretenda demostrar que esas divergencias existen tanto después, como antes, como durante la experiencia, incluyéndola en el contexto del lenguaje, y por tanto subordinándola al entorno cultural. Mi perspectiva es universalista, o esencialista, porque en mi opinión no cabe duda que todos los místicos de la historia han tenido que beber de la misma fuente, además de formar parte de un similar paradigma místico prácticamente inalterable a través de los milenios y culturas.

En lo que casi todo el mundo envuelto en el tema parece estar de acuerdo, desde yoguis y filósofos hindúes hasta monjes, ascetas y místicos en general, es que lo que impide el acercamiento al ser espiritual son todos los lazos y apegos, incluso los hilos más sutiles, que nos unen con la experiencia sensible. Para que se despierten los sentidos del alma es necesario que se duerman los del cuerpo. Mientras haya un solo interés sensual en la mente, el más mínimo apego o deseo, por muy natural y espontáneo que pueda parecer a una estructura psicológica normal, la experiencia es difícil que se produzca. El más mínimo interés personal altera la necesaria pureza cristalina de la mente ya que el ego mediatiza toda relación transcendental.

Hasta tal punto es necesario que toda la energía vital se concentre en una sola voluntad, en un solo interés mucho más allá de la percepción sensible, que cuando kundalini despierta, el hecho místico por excelencia, el ananda-samadi yóguico, que es la fusión del yo espiritual, la consciencia, con el alma - en la que se han sublimado y concentrado todas las categorías de la vida -, incluso el cuerpo físico se queda frío, toda la energía vital se transfiere para conseguir el despertar y ascenso de Kundalini. Sin apegos sensoriales, sin ninguna dependencia mental, sin ninguna necesidad emocional, y por supuesto sin ningún miedo, esto es fundamental, la energía, el aliento vital, da la espalda al ego individual y sus funciones, que desaparecen excepto una mínima autoconsciencia, la que luego puede dar fe de los hechos hasta donde sea posible. Esa energía sublimada, a la que la mente contempla como si fuera la Madre, la Diosa o la Amada, se vuelve al encuentro con su amado consorte interior: la consciencia.

Cuando la experiencia cesa la energía vuelve al cuerpo físico, que se siente absolutamente transformado y capaz. Aunque también vuelve con un mensaje muy claro: que mientras exista un cuerpo físico tiene también unas servidumbres inevitables hacia la existencia física que le impiden escaparse del tiempo. El tiempo es la patria del hombre en cuanto ser individual egóico, fuera del tiempo-espacio, o maya con otro nombre, no hay existencia individual, no hay ego ni persona. Desde el Tiempo, que es el artífice del mundo que experimentamos con los sentidos, el Ser es ininteligible, y en el

Ser el Tiempo desaparece, como los sueños al despertar. Ser y tiempo es la única polaridad absoluta, cualquier otra está condicionada por nuestros sistemas de percepción.

Desde un punto de vista teórico, hoy dos formas de trascender elego, una negativa y otra positiva. La primera es la que pretende extinguirlo y aniquilarlo frontalmente mediante la extrema determinación y la práctica ascético-yóguica

profunda. La segunda, la positiva y bastante mas real y útil para el entorno, busca la transformación, el despertar de las virtudes mas nobles como la humildad, la devoción, la aceptación, la compasión o el servicio.

La solución, como en todo, tal vez se encuentre en el punto medio, cuando se equilibran ambas perspectivas y desaparece la tensión, cuando la devoción, paso obligado y punto de convergencia de todos los caminos místicos, lo domina todo y arrastra las ansias del asceta en una sola dirección, probablemente mas allá de los caminos, de los propósitos y de las intenciones, y por supuesto de las religiones. También de ella, de la devoción, surge la euforia incondicionada, palabra que curiosamente significa etimológicamente la entrada de dios en el devoto.

En ese punto devoto comienzan a despertar los primeros estados beatíficos, surge la profunda fe en el encuentro y en la presencia del Misterio, el sentimiento de amor desbordante, el cosquilleo en el entrecejo y el continuo néctar en el paladar, además de la consciencia durante el breve sueño nocturno. En ese estado el místico se olvida del mundo, del propósito, de la filosofía y de la religión, se hace como un niño inocente carente de toda idea de beneficio, pérdida o ganancia.

La devoción espiritual, entendida como el estado de consciencia en el que se despierta el sentimiento de amor universal, es probablemente el resultado de la sublimación de la experiencia sensual, y como contrapartida esa devoción produce a veces un intenso gozo y euforia que, esto es lo importante, ejercen de lanzadera hacia la experiencia mística.

Por otro lado, la represión forzada de los deseos y apegos no puede ser nunca un buen camino, no solo porque enfría el imprescindible ardor del alma, sino porque a veces el apego al desapego puede ser el mayor de los apegos. (dos tipos de ascetas en el Ganges, el feliz y el huraño).

"Carecí de todo, pero nunca renuncié a nada", este sería el perfecto epitafio para un ser realizado, porque en verdad hay que carecer de todo si se quiere descorrer el velo.

Tampoco todo el mundo en el camino busca a Dios heroica y directamente, hay muchos escalones, y antes de buscar a dios de esta loca y mística manera tiene uno que haberse buscado, y encontrado, o al menos aceptado, a si mismo, que es aceptar el propio dharma, o deber.

En cualquier caso, lo que también parece claro es que sin vida ascética es imposible alcanzar la experiencia; se puede encontrar la paz, el equilibrio y la serenidad, pero buscar a Dios con todas sus consecuencias es otra historia muy diferente, aunque sea continuación. Quien busca a Dios cara a cara, quien se siente tocado por el dedo divino, quien tiene la fe y certeza de que podrá encontrarle, a partir de cierto momento necesita la soledad y la vida ascética tanto como el aire que respira, su fe le dice que hasta que no se deshaga y vacíe de todo no podrá acercarse a la Madre Divina, el objeto común de devoción de casi todos los místicos. Y ello solo se consigue en la absoluta soledad del asceta, que es el momento en que al ego le son retirados todos los apoyos psicológicos que le dan forma y solo queda un estado de consciencia vacío, cristalino y sublime, que es el único que puede ser hollado por los pies de la Madre; si además se le añade la devoción, que es el elemento energético. Incluso la vida monacal y el dogma teológico son apoyos que conviene abandonar; pero la devoción ya se encarga de ello con el tiempo, aunque algunos teólogos cristianos opinan que la experiencia, para ser sobrenatural y auténtica, tiene que estar dentro del marco de la fe, del misterio de la trinidad y de la Revelación.

No obstante, desde el punto de vista del místico se podría decir que todo esto son solo vanas palabras, en la práctica se trata exclusivamente de un problema de amor. De amor hacia dios en alguna forma y hacia el entorno, en donde ve por todas partes al amado; de ahí esa cierta tendencia al panteísmo, especialmente en Oriente. En realidad el místico, aunque camine por cualquier vía religiosa, que acaba por trascender mas pronto o mas tarde, ama a dios como se ama al amado, con el que establece un continuo diálogo interior y a quien entrega su voluntad. El ya no hace, las cosas suceden, es la madre quien actúa. La culminación real de ese amor es la experiencia mística. El místico no maneja razones, solo sentimientos de devoción, humildad y entrega, todo tiene sentido y significado porque ve al amado detrás de las cosas, y todos sus sentidos, todo su ser, se concentran en la espera de su llegada; por eso todas las filosofías místicas ponen el precepto de la bramacharia como necesidad ineludible: budismo, jainismo, tantrismo, yoga... El místico no puede despertar los celos del Amado con el amante exterior, además de otras consideraciones energéticas.

El místico avanzado, en este punto, intuye que ha llegado al lugar, que se ha acabado la búsqueda, que ya sabe donde está el misterio que casi percibe. Ya solo queda prepararse y esperar, y olvidar las cosas del mundo; persigue con ahínco el aislamiento y la soledad para que la divinidad no pueda pillarle distraído y ausente; se hace huidizo, extraño y solitario, las cosas del mundo le son absolutamente ajenas y todos sus actos carecen de sentido para el profano, su realidad es muy diferente. Cada vez con mas certeza presiente que algo va a suceder, la devoción crece, como la euforia y la contemplación. La cercanía de la amada produce un intenso placer, la mente se inunda de néctar, suenan palabras y se producen visiones luminosas. Hasta que el día menos pensado se produce el suceso, la paulatina ascensión de la energía, kundalini, que se dirige al encuentro de su amado consorte, la consciencia, el testigo, que inmóvil en el chacra superior la llama con las mas encendidas palabras de amor.

Todo lo dicho hasta aquí, sobre todo dentro de la atmósfera intelectual de un congreso como este, se puede considerar no solo objetivo, sino incluso bastante inteligible y común. Pero todo no va a acabar aquí, intentaré, aunque no estoy seguro si legítimamente, ir mas lejos, e ilusamente voy a intentar traducir a conceptos una experiencia personal, personal pero validada por la ya mencionada experiencia filosófica de la India, que es experiencia interior.

Mi intención es apelar mas a vuestra intuición que a vuestra razón, porque a partir de aquí la mente pierde, por fuerza de la naturaleza de los hechos, la referencia lógica, como todas las múltiples descripciones de los místicos de todos los tiempos.

Es obvio que pretendo hablar de mi lo menos posible, no solo por pudor, sino porque me consta que todo esto, en su esencia, nada tiene que ver con este "mi" que habla, que es además el ente que sobra claramente en el asunto. A pesar de ello me parece necesario reseñar una serie de rasgos y hechos para desarrollar el proceso místico de una manera cronológica.

Siempre se ha dicho que el místico necesita haber sido antes libertino, en este punto al menos empecé bien. Sin embargo, al llegar a los 28 años sentí profundamente que había llegado la hora de cambiar, y de veras lo hice, porque mi vida dio un giro de 180 grados. Vendí todas mis pertenencias, hasta libros y cuadros, abandoné un privilegiado trabajo, me hice hipie y me fui a la India por tierra y poco a poco sin saber porque.

Como les pasa a todos los buscadores, empecé creyendo que había que buscar en las religiones, en las filosofías, en los libros, en las personas, en las cosas esotéricas, y estude y practiqué todas las denostadas y maravillosamente simbólicas mancias, además de miles de horas de práctica musical, que luego, como les contaré, tanta importancia parecen haber tenido.

Con el paso de algunos años empecé a comprender que ya no iban por ahí las cosas, que se trataba mas de desasirse que de adquirir. Todo me empujaba a un proceso de purificación personal global y total, solo posible en la soledad ascética, y me retiré a las orillas del Ganges, antes de penetrar en Benares, a practicar el ascetismo.

No me fue difícil ascender los escalones del yoga, no tenía con el mundo ningún asunto pendiente (yama), me aceptaba y vivía en la extrema ética y la total austeridad (niyama), realizaba la vida ascética del bramachari indiferente a la vida sensual (pratyahara), practicaba la concentración mas de seis horas diarias, dyana, e intensas sesiones de pranayama, además de caminar casi siempre absorto en los atributos de la Madre. Me levantaba a las 4 de la mañana, y la salida del sol, ya fuera verano o invierno, me pillaba sumergido en las aguas del Ganges en actitud sumamente devota. Todo aquello, indudablemente, me purificó extremadamente, tanto física, como emocional, como mentalmente. Indudablemente a niveles casi incomprensibles desde mi perspectiva actual cotidiana. Hasta tal punto que incluso mi cuerpo físico estaba transformado, en cierta ocasión cayó sobre mis piernas desnudas una abundante cantidad de aceite hirviendo, con sartén y todo, y no sentí ningún calor. La postura del loto, que siempre me había sido negada se convirtió de pronto en mi estado natural de reposo.

Y el proceso continuaba, comenzaron a brotar los mas bellos sentimientos de devoción y amor indiscriminado, a veces de una intensidad abrumadora. Al mirarme en los ojos de los inocentes, que tanto abundan en la India, me producía un goce inefable, una profunda euforia, mucho mas que si me acercaba a templos o lugares sagrados. Uno sentía que realmente no hacia nada, todo sucedía por deseo expreso de la Madre. Todo miedo había desaparecido, y por tanto toda agresividad. Cualquier inconveniente insecto de los muchos que abundan por la India que se acercara era considerado como un huésped, y cualquier perro podía lamerte a su antojo sin oposición alguna por haber desaparecido todo nivel de agresividad, incluso de defensa.

Todo esto duró años, y fue justo a los 35, cuando hacia siete que me había marchado a la India, cuando sucedió la asombrosa y espontanea experiencia. Desde entonces pienso que lo posible está mucho mas allá de lo imaginable. Y como dicen algunos místicos, a partir de entonces viví del recuerdo.

Pero antes habían ocurrido otras cosas, porque en la vida mística avanzada se producen sucesos extrasensoriales con frecuencia, percepciones súbitas de un orden universal mas allá de los objetos, de esa unidad famosa. Los trances abundan, bien al percibir la bondad, bien al contemplar las nubes, o los armoniosos giros de las aves en el cielo o las ondas del mar, al volver en sí embarga la seguridad de haber estado inmerso en otro mundo, o tal vez en un vacío infinito y gozoso. La consciencia crística, la sensación de saber a Cristo en el corazón, justo ahí además, también se reproduce, con el consiguiente acompañamiento de gozo y plenitud.

Creo que ya he dejado entrever la absoluta actitud de surrender, entrega, hacia la Existencia, personificada en la Madre Divina, con que vivía. Y ahora voy a tratar de comunicar lo que lo inefable tiene de transferible, al menos las percepciones mas cercanas al suceso, ya que a partir de cierta frontera se entra en un espacio supramental, y por tanto ininteligible para la razón. Aunque vivenciado en ese instante como bienaventuranza, ananda, mediante una percepción absolutamente inmediata de algo profundamente interior. En esa situación, el ego comprende que todo aquello no tiene nada que ver con él, que solo es una auténtica cáscara vacía, que el auténtico yo es otro muy diferente.

La experiencia que quiero relatarles, de un orden diferente de las ya comentadas, sucedió en dos ocasiones, en dos años consecutivos y curiosamente en el mismo día del año. Hablo de sucesos acaecidos hace 20 años y que por alguna razón nunca me atreví a escribir en detalle hasta hace muy poco.

Todo sucedió al final del día, cuando todas las devociones cotidianas, que eran muchas, estaban consumadas, era de noche y yo me encontraba en la terraza, mas bien tejado, de mi humilde habitación, sentado en mi esterilla ascética contemplando los grandes árboles que ascendían casi hasta el estrellado firmamento. Mi serenidad interior se acompasaba y fundía con el sublime orden que percibía en las cosas. Y de pronto escuché unas diáfanos palabras que me llegaban obviamente de un lugar interior no controlado por el ego: "la música es una de las siete puertas del cielo", y antes de que me diera tiempo a analizarlo racionalmente y recordar los miles de horas que había dedicado a la sitar, empezaron a ocurrir los sucesos. El chacra inferior comenzó a cosquillear y vibrar de una manera absolutamente autónoma e insólita, al mismo tiempo que sentía una singular energía ascendiendo por el centro de mi cuerpo produciendo intenso calor y todo tipo de sensaciones absolutamente desconocidas y

maravillosas, de un orden muy diferente al cotidiano, y produciendo al mismo tiempo una especie de sonido purísimo parecido a un siseo. Superado el miedo, una especie de iniciación, el corazón comenzó a latir con enorme fuerza y a un ritmo muy lento, pero tan intenso que pensé que iba a explotar, y tuve la convicción de que podría detenerlo. Al llegar al chacra del corazón, aquella energía me despertó los sentimientos mas dulces que mente humana pueda concebir, y con cada inhalación de aire todo el cosmos entraba dentro de mi, con todas sus estrellas y galaxias. Mientras tanto puede observar desde mi inmóvil, y ajena de algún modo, mente consciente, como un haz de luz blanquecina llegaba a mi pecho desde espacios ignotos, elevándose de una manera diáfana hacia el cielo.

Yo estoy contando lo que recuerda mi mente consciente, pero tal vez solo sea una parte, porque a ratos las sensaciones de placer y las visiones arrastraban y fundían todo mi ser con ellas. Y de pronto escuché unas amorosas palabras, mas dulces que el dulzor, que exclamaban. "¡comebeloved¡, ¡come beloved¡". Y después el placer mas inefable. La sensación es que un desposorio se había producido. Mi cuerpo permanecía, sin capacidad de alternativa, absolutamente inmóvil y pasivo. Y un disco o perla se puso a girar a una velocidad intensísima en mi entrecejo, y las sensaciones calmaron en una paz absoluta indescriptible e incondicionada, y a continuación tuve la visión de estar frente a un centro de una indescriptible luminosidad, rodeado de inmensas nubes que fluían de él, todo de un nivel cósmico, inefable e intemporal.

Después la respiración y los latidos del corazón se fueron normalizando poco a poco, y el ego comenzó a recuperar el control paulatinamente. La primera consciencia que tuve fue la de sentir una tremenda transformación tener un nuevo nombre, nacer de nuevo, también como si necesitara aprenderlo todo otra vez, las cosas del mundo me refiero, y recuerdo escribir entonces: "me siento como un niño, que no sabe ni que comer, ni que vestir, ni a donde ir". También salí de allí con una vago compromiso de silencio y castidad.

Al volver al tiempo y al percibir mi cuerpo físico sentí que estaba helado, sin calor alguno. La consciencia individual y la energía vital habían abandonado su morada sensual para ascender a la espiritual. A los pocos minutos, con las sensaciones y las emociones volvió el calor corporal, y un pleno sentimiento de beatitud, humildad e inocencia. Que se concretaron, y con esto acabo, con el paso del tiempo, en el mensaje que pretendía transmitir en mi primer libro, Física Mística, que Devoción, Humildad y

Aceptación, tres tremendas palabras, forman la clave que abre la puerta de la Experiencia Mística, tal vez por ello tuvo tan poco éxito el libro. Nada mas, muchas gracias.